

Ja Velasco 27/4/2013

La semana pasada murió Fernando Castillo Velasco, premio nacional de Arquitectura 1983, rector de la Pontificia Universidad Católica y alcalde de La Reina en varias oportunidades. Siempre comprometido con el desarrollo social, la primera etapa de su carrera la desarrolla junto a Bresciani, Valdés y Huidobro, con quienes creó una oficina responsable de grandes obras emblemáticas en distintas partes de Chile, como la Unidad Vecinal Portales, la sede de la Universidad Técnica del Estado y las Torres de Tajamar, entre otras. En casi toda esta etapa el lenguaje moderno de los proyectos es lo que más destaca; toman los principios de Le Corbusier, adaptándolos a la realidad chilena, y su compromiso social queda de manifiesto en la calidad de estos espacios, tanto públicos como privados. A pesar del gran tamaño de estas obras, la escala humana juega un rol fundamental, como en la Unidad Vecinal Portales, donde la cuadra se mantiene como medida: los edificios miden una cuadra y están separados entre sí por una cuadra, porque querían que se siguiera caminando y que la gente no dejara de interactuar con sus vecinos.

Regresa a Chile después de algunos años en el exilio y es en esta época que comienza a desarrollar sus comunidades, ejercicio que ya había realizado en la Quinta Michita, primera comunidad, construida entre 1973/74, antes de partir de Chile.

Mucho se ha escrito estos días sobre su obra, siendo sin duda su aporte a la calidad de la vivienda social y clase media uno de sus legados más potentes; investigó sobre la vida en comunidad, plasmándolo en numerosos proyectos, exitosos hasta el día de hoy. Fernando Castillo como pocos fue consecuente en su obra, su filosofía de vida, la manera de vivir la política y la ética que lo regía; en sus propias palabras, "la arquitectura deberá siempre colaborar a desarrollar y perfeccionar la convivencia democrática. Esta disciplina debiera procurar aportar algo en beneficio de las grandes mayorías postergadas del desarrollo urbano. La arquitectura y el urbanismo debieran ser valorados como clave fundamental para ordenar y armonizar el crecimiento y desarrollo de las ciudades". Una lección potente para quienes hoy deben tomar decisiones sobre cómo viviremos a futuro.

Oswaldo Luco
Director

"No creo que haya habido en Chile un equipo de arquitectos que trabajara tan unido y tan solidariamente. Nunca discutimos por dinero. Cada seis meses uno de los cuatro administraba la oficina", dice sobre su oficina con García Huidobro, Valdés y Bresciani. En la foto, Villa Portales, una de sus obras emblemáticas.



JOSE ALVUJAR

ríamos hacer arquitectura moderna era un poco ficticia, estilista, de moda. No teníamos porqué ser tan intransigentes. Renunciamos a muchas obras porque la gente nos pedía que las hicieramos en estilo francés.

-¿Fue esa época una especialmente buena?

Para mí esa etapa fue formadora total. Arquitectónicamente era un laboratorio de experiencias. Cada proyecto era discutido en conjunto. No creo que haya habido en Chile un equipo de arquitectos que trabajara tan unido y tan solidariamente. Nunca discutimos por dinero. Cada seis meses uno de los cuatro administraba la oficina.

El estudio duró 25 años, hasta que en 1967 Castillo asumió la rectoría de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Todo lo que se llevó de la oficina fue una mesa de dibujo que le había regalado su papá.

Un paternidad difícil

Fernando Castillo y su mujer han pasado momentos espectaculares y

otros difíciles de superar. Tuvieron cinco hijos. Los tres mayores —Javier, Carmen y Cristián— se unieron al MIR en los años sesenta. Javier murió a los 24 años en un accidente de autos. Tras el golpe, Carmen y Cristián entraron en la clandestinidad. Cristián fue descubierto, detenido y torturado. Carmen, pareja en ese entonces del cabecilla del MIR Miguel Enríquez, participó, embarazada, en un enfrentamiento, resultando herida de gravedad y Enríquez, muerto. Gracias a las gestiones de su tío Jaime Castillo Velasco, jurista e ideólogo de la Democracia Cristiana, tanto ella como Cristián pudieron partir a reunirse con sus padres a Inglaterra. Carmen se salvó de la muerte, pero el hijo que esperaba murió y ella nunca volvió a vivir a su país.

-¿Cómo superó usted la muerte de Javier?

Desde el derrumbe total de sentirlo muerto, cada día que pasa estoy más cerca de él. Me refugio en él. Lo veo exactamente como era. Me duermo con él y me despierto con él. Entonces, ha pasado a ser un compañero que me da energía, me da capacidad de enfrentar las cosas. Siento que mi propia personalidad se asienta en la fuerza que me da Javier. Así que no ha sido espantoso, y esto se lo he transmitido a muchos padres que han perdido a sus hijos.

-Cuando Carmen estuvo tan grave, ¿pensó que la perdería?

Antes de que llegara a Inglaterra creí que se iba a morir. Fueron días tremendos. Pero los ingleses la atendieron fantástico y se fue recuperando. Ahí murió el niño. Para ella fue un golpe muy grande.

-¿Cómo fue para usted que sus hijos mayores se hayan unido al MIR?

Esto partió con el Presidente Frei. Me llamó una vez por teléfono y me dijo: "Fernando, no le prestes el auto a tus hijos porque andan haciendo la revolución en él". Le dije: "Presidente, es que el auto es de todos, no se los puedo quitar, pero les diré que se cuiden." Ellos complotaban en mi casa. Yo sabía más o menos. Algo me decía la Mónica.

-¿Cree que la opción de ellos

por la vía armada fue una cosa de juventud?

Javier, que murió, era muy riguroso en su posición de un socialismo más exagerado. Era muy estudioso, tenía una posición muy seria, pero intransigente. Cristián, en cambio, era más apasionado. Creo que hasta hoy vive añoranzas de esa época. Igual que la Carmencita. Yo creo que ella fue revolucionaria por actos de amor. Tengo la impresión de que con Calle Santa Fe, la película que estrena ahora, ya se vació y va a poder ser más libre. Porque ha estado prisionera de su pasado durante 30 años, pensando en Miguel. No me cabe duda de que fue un amor increíble el que sintió por él.

-¿Conoció a Miguel Enríquez?

No, no lo conocí. Lo vi una vez entrando por el costado de mi casa de Avenida Ossa. Lo vi de lejos. Pero nunca hablé con él. El primer marido de la Carmen, Andrés Pascal, siempre fue muy amoroso conmigo.

-¿Qué piensa del MIR?

Individualmente son encantadores, pero fue un movimiento muy sectario y carente de conciencia política.

-¿Por qué cree que sus hijos se fueron a ese extremo si usted es más bien un hombre de consensos?

Los hijos de mis amigos son a la hechura de sus padres y los míos no son nada a la hechura mía. Los dejé en plena libertad y no me arrepiento nada. Ellos vivieron su vida. Soportaron lo que les pasó con bastante fortaleza.

-¿Le costó más aceptar la militancia en el MIR de sus hijos mayores o la opción de vida de Fernando José en la comunidad de Pirque?

Fue más difícil la situación del MIR. En cambio sentí que tenía que apoyar a Fernando José y su familia, que tenía que estar con ellos. Porque él quería vivir así y yo no tenía por qué querer que fuera un gran arquitecto. Él está feliz. La pareja se unió. En la familia entera se renovó el afecto. Por lo tanto, que no quieran ganar dinero,

que quieran vivir del trabajo de la tierra y de vender pan, es un asunto que mí casi me agrada.

-¿Cuál de sus hijos ha sido su regalón?

Yo creo que Fernando José. Este niño desnudo, tan puro, tan sano, me conmueve, me siento impulsado a protegerlo más que a los demás.

-¿Cómo es la relación con sus nietos?

Muy buena. Con Ismael, muy buena. Yo traspasé el sentimiento hacia Fernando José a Ismael. Era una lumbrera intelectual y artística. Que dejara todo de repente, que dejara la universidad (estudiaba filosofía), hizo que sintiera una especie de aprensión. Pero él me quiere mucho, me abraza y me besa igual que siempre.

-Le ha tocado apoyar mucho a sus hijos...

No sé si los he apoyado tanto. Se la han batido solos. La Carmencita es una gracia: solita en Francia ha logrado apoyos para sus proyectos. Yo nunca la he ayudado para nada en eso. Con Cristián discutimos de trabajo, porque el mundo en el que yo participé más activamente nada tiene que ver con el mundo actual.

-¿Tiene una mirada pesimista sobre el desarrollo de la sociedad chilena?

No, porque he conocido jóvenes de hoy en actitud de revisar el presente, así que tengo confianza en que el futuro traerá cambios. Pero el presente es aborrecible. No hay participación de nadie, salvo de pequeños grupos, cerrados, llenos de poder y dinero. Pareciera que lo único que moviliza a la gente es el afán de ganar dinero. En los tiempos en los que yo participé más activamente había una juventud llena de anhelos, de esperanzas, de inventiva, de solidaridad. Y transformarse en esto... ¡Haber vivido la dictadura por tanto tiempo y no ser capaces siquiera de reformar la Constitución!

Cuando uno le pregunta la edad, Castillo Velasco dice: "90". Su mujer interrumpe para corregirlo: "mentira, 89". Antes de despedirse de nosotros, él replica: "es que siempre hay que proyectarse hacia el futuro". S